

Barrismo y sociedad


Jairo Clavijo Poveda*

Una vez más conocemos de hechos violentos vinculados al fanatismo en el fútbol que terminan con la vida de personas. Quizás deberíamos pensar cuáles factores influyen para que alrededor del fervor por un equipo local de fútbol, se emprendan acciones que consideran moralmente legítimo agredir a los hinchas contrincantes. Sin duda el fútbol es un deporte donde se reproducen las relaciones y los conflictos originados en contextos sociales, económicos, políticos y culturales de mayor permanencia; por ello, los hechos violentos se repiten con intervalos de tiempo que coinciden con la reactivación y la lógica de los campeonatos. Si, ciertamente, en una sociedad como la nuestra, algunos hinchas de fútbol han adoptado prácticas barristas extremas que se originaron en otros países (Argentina, Inglaterra, etc), éstas han sido influidas por el contexto social y la historia reciente del país. De cierto modo, las distintas barras han desarrollado, a partir de sus realidades sociales, formas de percepción del mundo social que sus miembros comparten como si fueran naturales y justas. Estas modalidades de hinchada se han transformado en sistemas de representación que constituyen un lenguaje particular a través del cual los barristas manifiestan tanto su sentido de pertenencia como sus conflictos y problemas sociales. Más que un tipo de gente, los hinchas extremos podrían ser pensados como personas que adoptan un *estilo barrista* para expresar sus identidades



y su fuerza grupal. Este estilo se fundamenta en una expresión exacerbada de fidelidad al equipo, a través de símbolos que incluyen la violencia física en la defensa de los territorios. Dichos espacios adquieren significaciones de territorialidad en relación con un referente primordial que son los estadios. De esta forma, los barrios, los parques y en general la ciudad, se vuelven escenarios de disputa territorial donde los barristas extremos consideran legítimo ejercer la defensa de sus espacios apropiados y simbólicamente demarcados. La camiseta, los tatuajes y la indumentaria barrista no sólo identifican a un individuo como tal, sino a un grupo, a una comunidad. Utilizando el atavío barrista, la persona acepta un compromiso con la barra, y sus principios, es decir, además de ser símbolo de identidad, es una manera de explicitar un compromiso adquirido de lealtad. Por ello, se considera legítimo agredir a alguien si porta una camiseta de un rival dentro de lo que se considera un territorio propio. En momentos en que se recrea una de las pugnas deportivas más relevantes para las barras bravas como la proximidad de un partido entre los equipos de Bogotá y Medellín, es de esperarse que se acentúen las agresiones territoriales.

Pero, ¿qué se puede hacer frente a esta situación ya instituida en la vida social? Queda demostrado que las medidas policivas no son eficaces a largo plazo y más aún por la vocación moralmente ambigua del Estado de condenar la violencia, pero reprimir violentamente a los ciudadanos como hemos visto en hechos recientes. Asimismo cabe preguntarse por el compromiso de los medios de comunicación que condenan los hechos violentos del fútbol, pero les dedican más tiempo al aire que a los eventos deportivos con los que se relacionan.

Para buscar caminos de convivencia es necesario reconocer que vivimos en una sociedad profundamente desigual donde muchos jóvenes son marginados por diferentes razones y en este caso, encuentran un espacio de existencia y de expresión ante la sociedad. Lamentablemente no se vislumbran políticas públicas a largo plazo. Se deberían adoptar estrategias estructurales con una vocación más social, y reformular la contingencia episódica de tipo policivo y judicial como único recurso de control 

*Profesor del Departamento de Antropología.